

# **Keikô Hajime: Preparando un desenvaine**



**Kenshinkan dôjô 2015**

*“Fue una guerra sin cuartel contra el color”* -afirmaba Miró al término de su serie: *“Azul”*.

Las mañanas las dedicaba a observar sus pinturas, analizarlas desde lejos, dirigir la mirada hacia las zonas oscuras, recorrerlas lentamente para impregnarse de su sentido oculto. Finalmente, después del mediodía, atemperado y preparado el espíritu, el maestro se batía con su adversario: un lienzo que buscaba el *“Perfecto Azul”*.

Al explicar el trance que suponía predisponer su estado espiritual para la consecución de ese color tan ansiado, Joan Miró lo hacía recordando a los arqueros japoneses quienes, respirando y espirando pausadamente, dando pequeños pasos que delimitan sus largos rituales, afrontaban la prueba final: dejar partir la flecha hacia la diana y, con ella, liberarse de su propio ego: un *“yo”* que no conocía el acierto o el infortunio.

También aquel otro artista conceptual, Yves Klein, buscador incansable del *“Vacío Primordial”* -el hombre que *“inventó un color”*, el judoka formado en Japón, el transgresor de formas y contenidos, el pintor monocromático, el mito del Neodadaísmo francés- despertaba el genio que en él vivía a través de un proceso semejante, experimentando, incluso, con las formas que su propio cuerpo adquiriría al practicar su Judô: un Arte en el que llegó a alcanzar el grado de 4<sup>º</sup> dan.

Yo me acordaba de Buffón, quien antes de sentarse en su estudio y dar paso a la Creación, poniendo *“negro sobre blanco”* su *“Historia”*, vestía puños de encaje. Dice Luis Racionero en su libro *“El genio del lugar”* que esto resultaría *“pura puñetería”* a algunos de sus contemporáneos, pero el maestro creía firmemente en que una disposición acertada conllevaría una altura estética a los textos que nacerían de su pluma. Y así fue.

Más atrás en el tiempo, sacaría a colación el ejemplo de aquellos taoístas, maestros de la caligrafía, poetas y estetas, quienes únicamente empuñarían los pinceles una vez serenado el espíritu. La expresión, a través de la tinta y el papel, se convertiría entonces en un acto solemne, noble y sincero, y la obra resultante se habría transformado en Arte.

También nosotros, hombres y mujeres de Budô, antes de saber si hoy era el día apropiado, si la hora era la correcta y el momento, el idóneo, hemos preparado nuestro espíritu, para conducir a buen fin el resultado de nuestro Arte.

En efecto, como Buffón, Klein o Miró, nuestra Experiencia pretende ser: noble, encomiable y solemne.

Para alcanzar semejante estado hemos entrado en el dôjô, mantenido el silencio, medido los gestos, respirado pausados, pisado, firmes, la madera. A continuación, diligentes, hemos dispuesto cuerpo, mente y espíritu acompañados del ritual.

Sólo, más tarde, establecido ya el ánimo para la contienda, los sables han sido desenvainados; el Vacío, partido en dos mitades; los espejismos, sesgados, seccionados.

Mientras el acero continuaba silbando y sus dibujos rasgaban la atmósfera del dôjô, me he sentado a observar cómo un espíritu dispuesto, abierto y sincero, es capaz de ennoblecer la Magia de los Gestos de un Kata de Iaijutsu.

Kenshinkan dôjô 2015